

El PACÍFICO

Nº 86 — Distribución Gratuita — Diciembre 1957



TECA NACIONAL
BIBLIOTECA
MAYO 1958

En el portal..., el clásico portal..., todas las figuras que han permanecido un año empacadas recobran nueva vida. Los Pastores vuelven a sus caminos sin rúta, fabricados con polvo de ladrillo y que atraviesan bosques, montañas y lagos para ir a dormir a los pies del recién nacido de ojos dulces y profundos.

El portal, con su olor a cohombro, a mandarina, a lana y ciprés rebela a grandes y chicos que esta noche es distinta, que en ella se oyen en el aire el canto de los pastores y de los án-

geles los cuales tienen la virtud de hacer a los hombres más hombres, de endulzar las miradas y de preparar las lágrimas para brotar.

Los niños presencian este espectáculo maravilloso, el cual vive y respira al unirse con los relatos bíblicos de los abuelos. Esperan ansiosos esta noche de milagros en que, ante las miradas alegres y dulces de sus padres, el recién nacido les dejará nuevos juguetes.

El portal ocupa el centro de toda la actividad en esta Noche de Paz, esta noche de amor,

no importa que sea grande o pequeño, con figuras costosas o fabricadas dificultosamente por viejos o niños con toscos pedazos de madera. En todos los portales se encuentra en cada figura, en cada montaña fingida, en cada camino dibujado, una evocación un punto de ensueño por donde la fantasía lleva a todos a un Belén que se abre como una flor de tradición y de espiritualidad.

JORGE VARGAS GENE.

Diciembre - 1951.



PUBLICACION MENSUAL

Publicado por la Compañía Bananera de Costa Rica, para distribución gratuita entre los obreros y empleados de todas las divisiones del país. - Impreso en "LA NACION", en San José, Costa Rica.

Director: EDWIN SALAS

Oficinas de la Dirección: Golfito - San José.

DEL GERENTE:

Una vez más llegamos, a los finales de un año y nos preparamos a recibir con esperanzas el comienzo de uno nuevo.

Haciendo balance de los últimos doce meses, debemos sentirnos satisfechos y optimistas para el futuro.

Después de que la Empresa fue tan durante castigada por las inundaciones del año 55 y los vendavales de ese mismo año y del 56, ha venido una época de relativa calma que nos ha permitido, pacientemente y con gran esfuerzo, entrar en un período de recuperación.

Esperamos poder persistir en él, durante el año que dentro de pocos días se inicia, para beneficio y provecho de todos: trabajadores y Empresa.

Las relaciones entre los trabajadores y la Compañía, se han mantenido, durante el año, dentro de un marco de comprensión y mutuo entendimiento. Los pequeños problemas que han surgido —hasta cierto punto naturales en operaciones del tamaño de la nuestra— se han ido resolviendo poco a poco, sin violencias y procurando poner en ellas la mayor justicia.

Con esos principios en mente, con la satisfacción de un año que termina sin grandes sacrificios, preparémonos ahora para celebrar con amor la fiesta universal de la Nochebuena.

Son los deseos de esta Gerencia que la paz, amor y bondad traídos al pesebre de Belén por el Dios Niño, reinen en todos los hogares de la zona bananera, durante esta Nochebuena y que el año que se avecina sea feliz y venturoso para todos.

K. B. BLOCK.

Una Nueva Iglesia Católica En Coto 47 Se Comenzará a Construir Dentro De Poco

En los primeros meses del año entrante se comenzarán los trabajos de construcción de la Iglesia Católica de Coto.

Con gran entusiasmo, la teligresía completa del Valle de Coto, ha respondido al llamado de los Padres Franciscanos para hacerle frente a esa necesidad y todos colaboran en la obra.

Ya fueron aprobados los planos del templo y se espera comenzar su construcción a la mayor brevedad posible, ya que la necesidad de un templo para los fieles de la región se siente cada día más.

En cada una de las fincas del Valle de Coto se ha nombrado un comité de ayuda que trabaja incesantemente en la consecución de fondos para la construcción, y en cuya labor han encontrado el decidido respaldo y apoyo de todos los trabajadores de la zona.

La Compañía Bananera ha contribuido a la construcción del templo con la suma de 56 mil colones más el terreno en que se levante la construcción.

Los trabajadores de la empresa han respondido admirablemente, conviniendo a que se les haga una deducción mensual que irá a engrosar el fondo común de construcción, además, se han organizado una rifa mensual en cada una de las fincas y varias fiestas sociales y deportivas en los mayores centros de trabajo.

Las Damas de Acción Católica de Coto se reorganizan nombrando nueva directiva la que ha quedado integrada por las siguientes damas: doña Carolina de Días, presidente; Elizabeth de Sequeira, secretaria; Blanca de Guzmán, tesorera; Yolanda de Muñoz, vice-presidente; María de los

Sesenta Y Un Muchachos De La Zona Terminan Con Exito Sus Estudios Primarios

Sesenta y un estudiantes de las escuelas de la División de Golfito recibieron este año su Certificado de Conclusión de Estudios Primarios.

Cinco escuelas graduaron estudiantes en su sexto grado, siendo la mayor graduación la de la Escuela Central de Golfito.

Los alumnos que presentaron sus exámenes de promoción y conclusión de estudios ante delegados del Ministerio de Educación Pública, fueron calurosamente elogiados por éstos, debido a su sólida preparación escolar.

Cada año aumenta el número de niños de ambos sexos que obtienen su certificado de conclusión de estudios, y que continúan su preparación intelectual con cursos de colegio.

Felicitemos a los alumnos cuyos nombres copiamos a continuación por la forma brillante en que han terminado sus estudios y El Pacifico, que ha procurado alentarlos en los primeros seis años de su educación, permanecerá con ellos en la época de sus estudios superiores.

ALUMNOS GRADUADOS DE LAS ESCUELAS DE LA CIA BANANERA.

ESCUELA CENTRAL DE GOLFITO

Aragón Lacayo Horacio
Mora Argüello Wilberg
Bonilla Lorenzo Carlos Enrique
Bonilla Lorenzo Luis Fernando

Cisneros Cisneros Carlos
Descantí Vázquez Guillermo
Durán Arrieta Manuel A.
Fletes Rodríguez Alfonso
Jiménez Fallas Teodoro
Mendoza Gómez Carlos Manuel
Miranda Vega Alfonso
Mora Rivera Roland
Murillo Arias Gerardo
Parra Moya José R.
Quintana Membreño Roberto
Ramírez González Manuel
Ramírez González Omar
Rojas Masís Carlos A.
Vega Bejarano Edgar
Velásquez Castillo Alvaro
Villalobos Mora Guillermo
Artavia Marín Gladys
Cabrera Mora Yoleny
Calvo Fernández Norma
Chan López Rosa Anáís
Espinosa María Antonieta
González González Isabel
Loría Mora Flor María
Moncada Rugama Berta
Montero Morales Betsaida
Moya días Elizabeth
Quirós Batista María Elena
Román Chavarría Rosibel
Scott Lobo Rosa María
Sequeira Sequeira Berta
Villalobos Picado Carmen
Zúñiga Berrocal María de los Angeles.

Zapata Sandino Eity
Barrantes Camareno Fredy
Beiat Granados Guillermo
Cartín González Luis F.
Coráo Campos Rómulo
Rodríguez González Amada
Zamora Muñoz Jorge M.
Beita Granados Sara
Viquez Granda Carolina
Viquez Granda Ana Cecilia

GRADUADOS DE LA ESCUELA EXPERIMENTAL DE GOLFITO

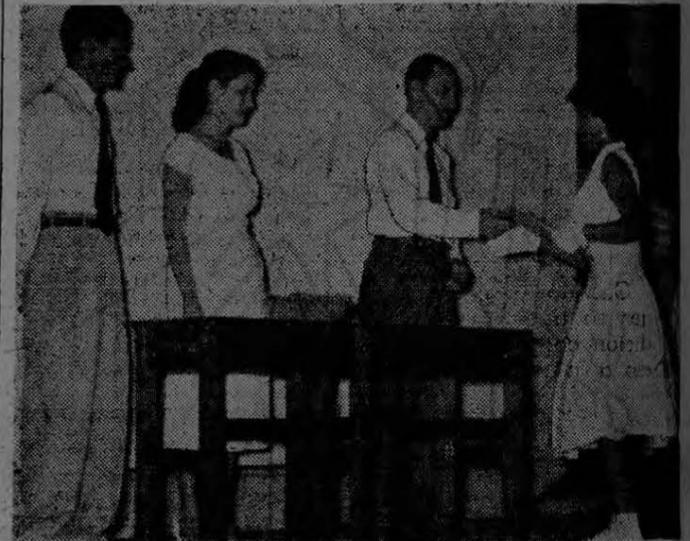
Baviera Vargas José
Velásquez Carballo Daniel
Biramonte Fernández Rosa

GRADUADOS DE LA ESCUELA DE COTO CUARENTA Y SIETE

Altamirano Espinosa Pedro
Cabezas Vásquez Francisco
Ortega Bell Jorge
Rodríguez Bustos Leonicio
Logan Solano María Josefa
Ortega Bell Narcisca
Rodríguez Bolaños Olga

GRADUADOS DE LA ESCUELA DE FINCA "NUEVE"

Bócker Núñez Guillermo
Bócker Núñez Juan Antonio
Sánchez Toruño Ricardo



Durante la ceremonia de graduación de las escuelas de la región bananera, se tomó esta fotografía que es típica de todas ellas. Aparecen los profesores Jorge Sánchez y doña Virginia de Quirós. El Inspector General de Escuelas de la Compañía Bananera, don Edwin Salas, entrega su Diploma de Conclusión de Estudios Primarios a la estudiante señorita Carolina Viquez G.



NO HAY POSADA

Si, como parece seguro, tanto José como María tenían en Belén parientes, irían confiados en que alguno de ellos les prestaría alojamiento en su casa, para esperar en ella la hora de dar a luz al Salvador del Mundo. No fue así, y "habiendo ido a los suyos, los suyos no le recibieron". Tal vez la afluencia inmensa de gente en un pueblo tan pequeño les sirvió de obstáculo o al menos de pretexto para no recibir huéspedes de quienes en aquella ocasión podrían esperar muy poco provecho.

Por esto José y María tuvieron que dirigirse al hato, a la posada. Pero con sumo dolor suyo fueron también de ella despedidos por falta de sitio para ellos.

Siendo muchos los que, desatienden otras genealogías menos importantes se jactaban, y con razón de pertenecer a la de David, la principal de todas, de cuyas ramas tenía que nacer la Flor del Mesías, habían confluído a Belén muchos más peregrinos de los

que cómodamente podían alojarse. Algunos, sin duda, serían varones principales y de muchas pretensiones, de quienes los hospederos podrían esperar buenas y fuertes recompensas. En cambio José y María eran y parecían pobres: no era fácil que ningún vecino se resignase a cederles por un precio ordinario alojamiento en su casa.

Desechados, pues, de todas partes, se recogieron, tal vez como otros muchos de la plebe, a una gruta cerca de la posada, y quizás perteneciente a ella, dispuesta para recibir en casos apurados a transeúntes, pastores, y otra gente de esta clase que no quiere gastar mucho en posadas.

Una tradición, de las más auténticas de los Santos Lugares, que de ningún modo puede negarse, muestra esta cueva o gruta a los peregrinos, único sitio que en toda la tierra puede encontrar el dueño del universo para salir al mundo.



Los miembros del Comité Católico de Coto, discuten con el Padre Warren Sullivan y con las Hermanas Franciscanas Margaret y Joaquina, los planos para el nuevo templo católico que se construirá en Coto 47.

Cosas del Niño Dios

LA MUÑECA

Fragmento de un cuento de navidad de Jorge Lenotre

En los primeros días de 1792, los padres de la pequeña Solange habían emigrado y desearon de evitar a su hija los albueros del destierro, la habían dejado al cuidado de una aldeana de Ploubalay, villorio inmediato a su castillo, que alzaba junto a la costa francesa de Saint-Malo.

Casi inmediatamente después cerróse la frontera; implacables leyes castigaban a los emigrados que intentaban regresar y una espantosa tormenta se desencadenaba sobre Bretaña.

Solange permaneció en el hogar de los aldeanos, a quienes había sido confiada, los Rouault, honrados y aterrorizados labriegos, que carecían de noticias de los padres de la chiquilla y que no tenían ninguna posibilidad de comunicarse con ellos, pues la ley castigaba con la pena de muerte toda tentativa de correspondencia con los emigrados.

Los revolucionarios ocupaban todo el pueblo del que habían desalojado a los monárquicos; el sargento que los mandaba era uno de esos suboficiales que tanto abundan en el ejército revolucionario: patriota rudo, inflexible, hosco. Era alsaciano y se apellidaba Metzger. Todo el pueblo le temía.

Cuando el sargento Metzger no había salido de expedición con su tropa, permanecía a la puerta de su cuartel.

Instalado en la Iglesia desmantelada, sentado a horcajadas en un silla y fumando pipa; con aspecto feroz, vigilaba las tres calles del pueblo.

Un día en que Solange había ido a buscar un pan para la madre Rouault, regresaba a su casa llevando en el delantal la pesada y oscura hogaza cuando columbó, en su acostumbrado lugar, ante la puerta de la ex-iglesia, al sargento Metzger, cuyos ojos la seguían desde lejos. Cuando creía haber escapado al peligro oyó la retumbante voz del sargento:

—¡Detente, pequeña. . . Acércate. . . vamos. . .! acércate más!

Solange obedeció, sin saber lo que hacía: hallábase ahora a dos pasos del sargento y todavía no había osado levantar los ojos. El soldado la tenía allí, sin decirle palabra; finalmente, cual un trueno, y en un tono que hizo estremecer a la niña le preguntó:

—Eres una pequeña aristócrata, ¿verdad?

La niña quedose con la boca abierta, sin voz, encomendándose a Dios. No había comprendido muy bien lo que le preguntaba, pero sabía que la palabra "aristócrata" designaba a las personas que luego condenaban a muerte.

—¿Qué edad tienes?. Siguió preguntando el sargento.

Con un hilillo de voz enronquecida, trémula de terror, respondió:

—Ocho años.

—Ocho años. . . ¡ocho años! . . . Eso es dijo el sargento e inmediatamente añadió: —Eres grandecita y fuerte para tu edad.

Dijo estas palabras en tono

tan distinto que, sorprendida, Solange le miró, era espantoso ver, con su bicornio ladeado del que pendía una borla de rojas crines, con su tostada faz, su ennegrecida pipa, su enorme sable y sus enlodadas polainas. Y, más terrible que todo esto, sus ojos, sus profundos y penetrantes ojos, que parecían devorarla.

—¡Vamos, Márchate! —le ordenó.

Solange dio media vuelta y, estremecida de emoción, todavía vacilante, emprendió de nuevo su rápida marcha hacia la casa.

A partir de aquel día sintióse espía por el sargento. Cuando, al frente de sus hombres, cruzaba por delante de la puerta de los Rouault, echaba una mirada al interior buscándola. Si la encontraba por las calles deteníase para seguirla con los ojos, o, con su áspera voz, con su diabólico acento que daba escalofríos, interpellábala gritando:

—¡Ah! Pequeña. . . cómo te llamas?

Convencida de que le preguntaba sus señas personales y de que había sonado su hora, respondió resignada:

—Solange. . .

El sargento exclamó: ¡Solange! ¡Que nombre tan extraño! Le palpó los brazos, la alzó en vilo para sopesarla.

—¡Ocho años! ¡Cómo crecen!

La niña se imaginaba hallarse entre las manos de un ogro codicioso de una presa que ya tenía a buen recaudo.

Cuando llegó la víspera de navidad de aquella no de 1793 nadie en el pueblo aparentó pensar en la dulce fiesta de antaño.

Aquella noche sentíase muy triste la pequeña Solange. Mientras se desnudaba tiritado de frío, recordaba otras Nochebuenas muy alegres, cuando aún vivían con sus padres y su corazoncito se hallaba rebosante de afecto. ¡Que radiantes despertares en aquellos tiempos! Y, mientras soñaba despierta, sostenía sus cansadas manos sus grandes zuecos que, claro está, no iba a dejar junto a la ventana, porque no le cabía duda de que los encontraría vacíos como el año pasado. Acaso tenía miedo del Niño Jesús, que ya no volvía por Francia?

Solange se durmió.

Durante el sueño parecióle que una puerta se abría quedamente y que una sombra penetraba en su buhardilla. Aventura una mirada a través de las sabanas: la noche en aquel momento era límpida y la luna iluminada en parte el aposento.

—¿Soñaba acaso?. Distinguió que aquella sombra era un hombre vestido como los emigrados que ella veía cruzar por

las calles del pueblo cuando los llevaban prisioneros para fusilarlos; y entonces oyó una voz dulce que susurraba:

—¡No temas mi pequeña Solange, no temas!

Solange no tenía miedo alguno. Sintió una mano apartando los rizos que cubrían su frente: un rayo de luna, entrando a través de la ventana sin cortinas caía sobre su rostro. El hombre que había encontrado la contempló:

—Que hermosa eres, mi pequeña Solange. ¡Cuánto has crecido!

Parecía no cansarse de su contemplación. Y de pronto la tomó en sus brazos, la estrechó con frenesí y la cubrió de besos. Parecióle después que el hombre se arrodillaba junto a su lecho, creyó oírle que sollozaba, se acurrucó en sus brazos y, ¡de tan feliz!, volvió a dormirse.

Sobre sus zuecos, muy juntos, acababa de ver, de pie, en medio del esplendor de un vestido de raso verde, una gran muñeca, solemne y sonriente. La niña dejóse caer de rodillas ante la "dama" e, inmediatamente, la llamó Yvonne.

—¡Vístiése en un santiamún y, con su "hija" en brazos, bajó a la sala. La madre Rouault, viéndola aparecer en compañía de aquel maravilloso juguete como nunca pudiera ella soñarlo, exclamó estupefacta:

—¡Dios Mío, Solange! ¿Quién te dio esa muñeca?

—El niño Jesús, señora —respondióle ingenuamente la niña.

La mitad del pueblo sabía ya el acontecimiento, las aldeanas salían al umbral de sus casas para ver pasear a la muñeca Solange cruzaba ante ellas, altiva y grave, penetrada de su importancia.

Cuando llegó ante la iglesia donde, como de costumbre, se hallaba el sargento Metzger a horcajadas sobre su silla, no se detuvo:

—¿Qué peligro podría amenazarla en semejante día? Su gozo interior era tan absoluto que ya no tenía miedo a nada ni nadie; y cuando el sargento la llamó preguntándole qué llevaba, Solange se detuvo con aplomo y se aproximó al soldado.

—Es una muñeca.

—¡El Niño Jesús me la ha traído, señor sargento.

El Jacobino se levantó con faz terrible, y empujó su sillo de un puntapié.

—Te imaginas acaso exclamó burlonamente que voy a creerme esas. . . ?

Ante el cándido aspecto de la niña, la examinó atentamente. Una linda dama, es cierto —murmuró — una verdadera ladi. Acaso es inglés tu Niño Jesús?

—Lo ignoro, señor —respondió Solange, cogiendo de nuevo su dama, aunque toda su alegría se había desvanecido.

—Vamos a verlo —rezongó el sargento, y volviéndose hacia el cuartel gritó: ¡La Cocarde!

Al presentarse un cabo le preguntó: Entró alguien ayer en la aldea?

—No lo creo, sargento; los hombres han vigilado atentamente.

—Está bien: forma a tu pelotón.

Colgose su cartuchera al hombro, se apretó el cinturón, tomó el fusil y, al frente de sus soldados, se dirigió hacia la casa de los Rouault. Solange, instintivamente angustiada, andaba a su vera, forzando el paso y estrechando contra su corazón a la linda Yvonne, que seguía sonriendo. Al llegar a la morada de los Rouault, el sargento distribuyó a sus hombres y, con voz suave, sin duda para no atemorizarla, le dijo:

—Anda, chiquilla: cuéntamelo todo.

Con un plomo en el corazón, algo jadeante y con voz muy queda, empezó su relato: "El hombre que creyó ver en la habitación, la ilusión de los besos recibidos, y, por la mañana, su sorpresa al descubrir a la hermosa muñeca. . . Al sargento no se le escapaba una sola palabra. De repente, volviéndose hacia sus soldados, que, de pie, asistían al interrogatorio, les ordenó:

—¡Ea! Media vuelta y vigilad me cuidadosamente las cercanías de la casa, ¡juego sobre el primero que parezca huir de ella!

Los hombres salieron y Metzger se quedó sólo con la niña. Veamos, chiquilla —le dijo— díces que ese hombre te ha besado. . . que te llamaba "mi pequeña Solange". . . que se arrodilló junto a tu cama y que lloró. . . ?

La niña respondía que sí con la cabeza. El sargento puso sus rudas manos sobre los hombros de Solange y, como si hablara consigo mismo, añadió gravemente: —Sí, yo también tengo una chiquilla así, allá lejos, en mi Alsacia, en el pueblo de Gerlsheim. . . También ella tiene ocho años. . . e igualmente han pasado ya más de dos sin verla. . . Para contemplarla incluso dormida y en la oscuridad para besarla un instante, para sentirla reposar sobre mi hombro, para sentir sus rubios cabellos junto a mi mejilla. . . sí, también yo arriesgaría mi vida. . . Todos los padres son iguales, según parece.

La niña lo había estado escuchando y, súbitamente, había comprendido: era su padre el que, de noche, afrontando la muerte, había dejado el destierro para verla. Era su padre el que se hallaba arriba, acurrucado en el henil y al que ahora iban a prender, al que ella veía atar, y que partiría entre cuatro soldados. . .

El alsaciano, recobrando su brutal expresión y su ruda voz

dijo: ¡Que vengan dos hombres conmigo, vamos a registrar la casucha!

Entonces, la pobre niña con el corazón lacerado por el dolor prorrumió en sollozos. ¡Aguardad!, dijo al sargento.

—Que te ocurre ahora?

Solange tenía una inspiración: para salvar a su padre habría dado cuanto poseía; pero no poseía otra cosa más que la muñeca.

—Teneis una hijita, señor sargento. . . una hijita de mi misma edad. . . al a que no habéis visto desde hace dos años, ¿verdad?

Ahora le tocaba a Metzger responder que sí con la cabeza.

—Pues bien! —añadió— Solange, con sus ojos húmedos de lágrimas. Quizás, como no estabais allí, quizás el Niño Jesús la habrá olvidado. . . Tomad mi muñeca; mandádsela: se la doy.

El soldado se inclinó rápidamente hacia la niña. Miróla con sus grandes ojos muy húmedos; respiraba muy fuerte, sus labios temblaban bajo el bigote, y sus mejillas advertíanse aquella contracción de los músculos que denota una emoción reprimida. Los soldados entraron en la sala.

—Cállate, pequeña, y no temas —dijo en voz baja el sargento. Luego, dirigiéndose a los soldados añadió: Vamos a subir arriba y a registrar todas las piezas. Cargad vuestros fusiles y abrid los ojos. Tú, rapaza, pasa adelante.

Cuando llegaron al desván el sargento apostó a uno de sus hombres en la entrada del aposento y al otro junto a la ventana; luego, abriendo el henil, penetró solo en su interior y cerró la puerta tras sí. El corazón de Solange se desboca en su pecho. Un instante y la puerta del granero volvió a brirse y reapareció Metzger.

—No hay nadie ahí dentro —dijo— Bajemos. El pájaro voló. Se ha pitorreado de nosotros. Y cuando se halló de nuevo en la sala de la planta baja, a solas con Solange, se inclinó hacia ella y le susurró:

—Acuérdate de esto: "El hombre" puede quedarse ahí arriba durante toda esta noche y el día de mañana. Dile que esté tranquilo: no será molestado. Que parta mañana por la noche y que se dirija hacia Lancieux y Saint-Briac, donde podrá embarcarse; los caminos no estarán vigilados, pues me llevará a mis tropas a otra parte. Has comprendido bien?

—Sí, señor sargento.

—¡Bueno, pues! —le cuanto a tu muñeca, me la llevo; la enviaré a mi pequeña Otilia. Y me la llevo porque a otro podría extrañarle que el Niño Jesús haya traído de Inglaterra semejantes chucherías a una muchacha de tu edad. Esta "Hija" te acarrearía demasiadas desdichas. De todo esto, ¡Mútil! y no te olvides; q' vaya por Lancieux y Saint-Briac.

Salíó a su tropa, a la que, aquella misma noche, se llevó con los perros para una expedición de tres días hasta el lado de Montignon.

El Regalo de los Magos

EL NIÑO PERDIDO

Un dólar y ochenta y siete centavos. Esto era todo. Y sesenta centavos estaban en monedas fraccionarias ahorradas una, a una a costa de escatimar al tendero, al frutero y al carnicero.

Tres veces los contó Della. Un dólar y ochenta y siete centavos. Y al día siguiente era Navidad.

Estaba claro que no había nada que hacer, excepto arrojarse sobre la vieja y usada cama y llorar. Y así lo hizo Della. Lo que sugiere la reflexión moral de que la vida está formada por sollozos, bufidos y sonrisas, predominando los bufidos sobre todo.

Mientras la dueña de la casa se va apaciguando gradualmente, pasando del primer estado al segundo, sírvase echar una ojeada a la casa. Un piso amueblado de ocho dólares a la semana. No vamos a injuriar diciendo que su calidad era pobre, sino que esa palabra aparecía en la mirilla para evitar el pelotón de mandigos.

En el vestíbulo del piso había un buzón donde no entraban las cartas y un botón eléctrico que ningún dedo hacía sonar. También, por la parte exterior de la puerta, había una tarjeta que llevaba el nombre de "Mr. James Dillingham Young".

El "Dillingham" había lucido en todo su esplendor durante un anterior período de prosperidad en que su poseedor ganaba treinta dólares a la semana. Ahora, cuando el sueldo descendió a veinte dólares, las letras de "Dillingham" parecían empañadas, como si estuvieran pensando en la conveniencia de restringirse a una modesta y humilde D.

Della terminó de llorar y se empolvó las mejillas con la borla. De pie ante la ventana, miraba con tristeza a un gato gris que paseaba por una yalla también gris de un patio trasero gris igualmente. Al día siguiente era Navidad y sólo tenía un dólar con ochenta y siete centavos para comprar a Jim un regalo. Había estado ahorrando durante meses todo cuanto podía para llegar a este resultado. Veinte dólares a la semana no van muy lejos. Los gastos habían sido mayores de lo que ella calculaba. Lo son siempre. Sólo un dólar con ochenta centavos para comprar un regalo a Jim. A su Jim. Había pasado muchas horas felices planeando algo agradable para él. Algo hermoso, raro y de valor. . . algo así como una pizquita de ha de merecer el honor de pertenecer a Jim.

De repente se apartó a la ventana y se puso ante el espejo. Sus ojos resplandecían, pero su cara había perdido el color en veinte segundos. Con rapidez se deshizo el peinado y dejó caer el cabello en toda su longitud.

En la actualidad, existían 2 cosas en casa de los James Dillingham de las que ambos estaban intensamente orgullosos. Una era el reloj de oro de Jim, que había pertenecido a su padre y a su abuelo. La otra, el cabello de Della. Si hubiese vivido la reina de Saba en el piso situado al otro lado del respiradero, Della habría dejado colgar su pelo fuera de la ventana alguna vez sólo para despreciar las alhajas y regalos de su majestad. Si el rey Salomón hubiese sido el portero, con todos sus tesoros apilados en el sótano, Jim hubiera sacado su reloj de oro cada vez que pasara, sólo a ver cómo se arrancaba la barba de envidia.

Así, pues, el cabello de Della caía ahora rodeándole co-

mo una ondulada y brillante cascada de aguas castañas. Le llegaba más abajo de las rodillas y era casi una túnica para ella. En seguida, toda nerviosa, le peinó otra vez con presteza. Vaciló durante unos segundos y permaneció inmóvil mientras las lágrimas se abatían sobre la desgastada alfombra roja.

Se puso su vieja chaqueta parda y su viejo y anticuado sombrero marrón. Con un bamboleo de talas bajó las escaleras. Un minuto después estaba en la calle.

Se detuvo donde había un rótulo rojo:

MADAME SOFRONIE
Espléndidos cabellos de todas clases

Subió las escaleras en un vuelo y se paró, jadeando. Madame, alta demasado blanca, fría, apenas aprecia la "Sofronie".

—Quiere usted comprar mi pelo? - preguntó Della.

—Compro pelo, si - dijo Madame - Quítese el sombrero y déjeme hechar un vistazo al suyo.

Cayó ondulante la cascada color castaño.

—Veinte dólares - dijo Madame, levantando la masa con mano práctica.

—Démelos inmediatamente - dijo Della.

Oh! y dos horas después volaba con alas rosadas recorriendo los almacenes en busca del regalo de Jim.

Al fin lo encontró. Era una sencilla cadena de platino con una leontina para el reloj de delicado dibujo, que proclamaba su valor por su naturaleza y no por su chillona ornamentación. . . como todo lo bueno debe ser. Era, pues, digna del reloj.

Tan pronto como la vió comprendió que tenía que ser para Jim. Veintidós dólares pagó por ella, y corrió hacia su casa

con los ochenta y siete centavos.

Sacó sus rizadores y en cuarenta minutos su cabeza estuvo cubierta con diminutos y apretados rizos, que la hacía parecer tan maravillosa como un tunante escolar.

Si Jim no me mata - se dijo - antes que me eche una segunda mirada dirá que me parezco a un chico del coro de Coney Island. Pero, qué podía hacer con un dólar y ochenta y siete centavos?

A las siete en punto el café estaba dispuesto, y la sartén en la hornilla.

Jim nunca se retrasaba. Cuando oyó sus pasos en la escalera subiendo del piso bajo, empalideció por un instante. La puerta se abrió y Jim se detuvo tan inmóvil como un perro de caza al oírse a la codorniz. Sus ojos estaban fijos en Della, y había una expresión en ellos que la mujer no podía descifrar, y que le aterrorizó. No era cólera, ni sorpresa, ni desaprobación, ni horror. Sólo la miraba fijo, con esa expresión tan peculiar en su rostro.

Della se apartó de la mesa y fue hacia él.

—Jim, querido - le dijo - no me mires así. Me he cortado el pelo y lo he vendido porque no podía pasar el día de Navidad sin hacerte un regalo. Mi pelo crece con rapidez asombrosa. Di: "Felices Pascuas", Jim, y seamos felices. Tu no sabes que precioso regalo tengo para ti.

—¿Te has cortado el pelo? - preguntó Jim, con trabajo como si no se hubiera dado cuenta de este hecho sino después de una labor mental más acusada.

—No tienes que preocuparte - dijo Della. Te he dicho que lo he vendido. . . vendido y gastado también. Es Nochebuena, muchacho. Se bueno para mí, como yo lo he sido para ti.

Jim sacó un paquete del bolsillo de su abrigo y lo arrojó sobre la mesa.

—No cometes ningún error, Della - dijo - respecto a mí. No creo que haya nada malo en cortarse el pelo. Ni que por eso me gustara menos mi chiquilla. Pero, si desenvuelves ese paquete verás por qué me he quedado parado.

Dedos blancos y temblorosos rompieron la cinta y el papel, y entonces sonó un asombrado grito de alegría, que en seguida se transformó en un aullido acompañado de lágrimas histéricas y sollozos.

Porque allí estaban **Los Peines. . .** la colección de peines que Della había adorado durante largo tiempo. Bellos peines de pura concha de tortuga, con cerco de piedras preciosas. . .

los indispensables para usarlos con los hermosos cabellos desparecidos.

Sin embargo, los acarició y los apretó contra su seno, y, al fin, pudo mirarlos con ojos y sonreír, mientras decía:

—Mi pelo crece tan rápido Jim! entonces Della saltó como un gatito chamuscado y gritó: —Oh, oh! . . .

Jim aún no había visto su precioso regalo. Se lo tendió con avidez sobre su palma abierta. El insensible y precioso metal parecía brillar con reflejos del propio espíritu brillante y ardiente de ella.

—No es bonito, Jim? He revuelto toda la ciudad para encontrarlo. Tendrás ahora que mirar el reloj cien veces al día. Dame el reloj. Quiero ver cómo luce, con esta cadena.

En lugar de obedecer, Jim se dejó caer en el lecho, puso las manos cruzadas detrás de la cabeza y sonrió.

—Della - dijo - dejemos nuestros regalos de Navidad y guardémoslos durante una temporada. Son demasiado hermosos para usarlos ahora. vendí el reloj para tener dinero con que comprar los peines. Y ahora supongo que te pondrás a freír las chuletas.

Los Magos inventaron el arte de ofrecer regalos de Navidad. Siendo inteligentes, sus regalos eran, a no dudar, también inteligentes. Aquí yo he relatado a ustedes, de forma imperfecta, la sin igual historia de dos muchachos alocados que vivían en un piso y los cuales habían sacrificado mutuamente los más grandes tesoros de su casa. Pero, como palabra final a la cordura de estos días, diré que, de todos los regalos que se hacen en estos días los de estos muchachos fueron los más inteligentes.

O. HENRY.



Madre, a la puerta hay un niño más hermoso que el sol bello, tiritando está de frío porque viene casi en cueros.

—Anda, dile que entre y se calentará, porque en esta tierra ya no hay caridad.—

Entró el niño y se sentó, y mientras se calentaba le pregunta la patrona de qué tierra o de qué patria.

—Mi padre es del cielo; yo bajé a la tierra; mi madre desciende de reyes y reinas.

—Quieres cenar, niño hermoso? Lo guisaré de contado, y te quedarás en casa como hijo regalado.—

El niño responde: —Eso no, señora que tengo una madre que el cielo la adora.—

Estando el niño cenando, las lágrimas se le caen.

—Dime, niño, ¿por qué lloras? —Porque he perdido a mi madre

—Mi madre de pena no sabrá qué hacer, aunque la consuele mi padre José.

—Hazle la cama a este niño en la alcoba, con prisa. —Señora, no quiero cama, que mi cama es un rincón.

—Mi cama es el suelo desde que nací, y hasta que en cruz muera ha de ser así.

A la mañana temprano el niño despertó y le dijo a la patrona: —Señora, quede con Dios. Yo me voy al templo porque allí es mi casa. —Vamos con El todos a darle alabanzas.



QUE SE DUERME MI NIÑO

Pues anáas en las palmas ángeles santos, que se duerme mi Niño, tended los ramos. Palmas de Belén que mueven airados los furiosos vientos que suenan tanto, no le hagáis ruido, corred más paas, que se duerme mi Niño, tended los ramos.

Rigurosos, que le están cercando; ya véis que no tengo con qué guardarlo; ángeles divinos que venís volando, que se duerme mi Niño, tended los ramos.

Lope de Vega

A la Nanita, Nana, Nanita, ea!

Pimpollo de canela, lirio en capullo,
 duérmete sin recelos mientras te arrullo;
 duérmete, que del alma mi canto brota.
 y un delirio de amores es cada nota.
 Oh niño, en cuyos ojos el sol fulgural
 cerrarlos es hacerme de noche oscura;
 pero cierra, bien mío, los ojos bellos,
 aunque tu madre muera sin verse en ellos.
 Callad mientras la cuna se balancea:
 a la nanita, nana, nanita, ea!

Ay qué manos más bellas las de mi Niño!
 suavidad y blancura tienen de armiño;
 qué dolor tan de muerte para esta Madre,
 cuando fiero verdugo se las taladra!
 Sienes de leche y rosas, sienes divinas,
 que habéis de ser punzadas por mil espinas;
 dejadme, blancas sienes, que os bese ahora
 con la piedad del ángel que a Dios adora.
 Y tú, triste presagio que me torturas,
 almáciga de penas y de amarguras,
 huye mientras la cuna se balancea:
 a la nanita, nana, nanita, ea!

Boquita de amapolas y de claveles,
 que ha de ser impregnada de amargas hieles;
 llega, boca divina, llega a este seno
 de leche, de dulzura y de amores lleno.
 Por Dios, Hijo mío, no abras los brazos,
 que, al abrirlos, el alma me haces pedazos,
 pues me imagino verte cadáver yerto,
 colgante, desangrado y el pecho abierto!
 Pero huid, negras sombras de mis dolores,
 no me nubléis el Cielo de mis amores!...
 huid mientras la cuna se balancea:
 a la nanita, nana, nanita, ea!

Manojito de rosas y de alhelies,
 ¿qué es lo que estás soñando, que te sonríes?
 ¿Cuáles son tus ensueños? dílo, Alma mía!
 mas... ¿qué es lo que murmuras?... ¿Eucaristía?
 Yo no sé lo que es eso, Niño del alma;
 mas, pues que tu sonrisa mis penas calma,
 sigue, sigue soñando, mi dulce Dueño,
 sin que nada te ahuyente tan grato ensueño.
 Pajarillos y fuentes, auras y brisas,
 respetad esos sueños y esas sonrisas!...
 callad mientras la cuna se balancea:
 a la nanita, nana, nanita, ea!
 ea!... ea!... ea!...

Muñoz Pabón.



EMBELESO

Al Niño sagrado,
 que es mi salvador,
 cada vez que lo miro
 me parece mejor.

Porque yo no pene
 está padeciendo,
 sólo pretendiendo
 lo que me conviene;
 y viendo que viene
 a darme favor,
 cada vez que lo miro
 me parece mejor.

ENVIE SUS CONTRIBUCIONES

Recorte este cupón y envíelo con su contribución al Padre Warren Sullivan, Casa Cural, Golfito:

Padre Warren:

Me permito felicitarlo por la magnífica labor suya y de los fieles de Coto, en su esfuerzo para construir una iglesia en ese sector, según relata esta edición de EL PACIFICO.

Con la presente tengo el gusto de adjuntar la suma de \$..... como mi contribución para ayudar a esta meritoria obra.

Atentamente,

.....
 NIÑO

ESTA NOCHE ES NOCHEBUENA

Esta noche es Nochebuena
 y no es noche de dormir,
 que ha nacido Jesucristo
 y que hoy que irle a divertir.

Pastores, venir,
 zagales, llegar,
 y veréis,
 y veréis al Niño
 que está en el Portal,
 y veréis
 y veréis al Niño
 que ha nacido ya.



VILLANCICO DE NAVIDAD

Ayl del chiquitín,
 chirriquitín,
 metido entre pajas;
 ayl del chiquitín,
 chiquirritín,
 queridito del alma.

Por debajo del arco
 del portalito,
 se descubre a María,
 José y el Niño.
 Ayl del chiquitín,
 chiquirritín,
 metidito entre pajas;
 ayl del chiquitín,
 chiquirritín,
 queridito del alma.

Entre un buey y una mula
 Dios ha nacido,
 y en un pobre pesebre
 le han recogido.
 Ayl del chiquitín,
 chiquirritín,
 metidito entre pajas;
 ayl del chiquitín,
 chirriquitín,
 queridito del alma.

CANCION DE NAVIDAD

Si a tus dulces pechos,
 Morena,
 El Niño duerme,
 ¡Qué sabrosa ha de hallarte
 Morena,
 cuando despierte!

Misericordiosa,
 Morena,
 Adán lo espera,
 porque misericordias,
 Morena,
 mama en la leche.

Temblábale el cielo,
 Morena,
 de puro bravo,
 y ya tamañito,
 Morena,
 le está temblando.

Si el recién nacido,
 Morena,
 llora de amores,
 ¡qué piadoso le tienen,
 Morena,
 de hallar los hombres!

Tierra sois, María,
 más de pan llevar;
 que la tierra morena,
 María,
 lleva el mejor pan.

TREBOLES DE NAVIDAD

Vamos al portal,
 de prisa, pastores,
 y verán al Niño
 dormido entre flores.

Yo traeré gustoso
 como pastorcito,
 un par de pichones
 con un corderito.

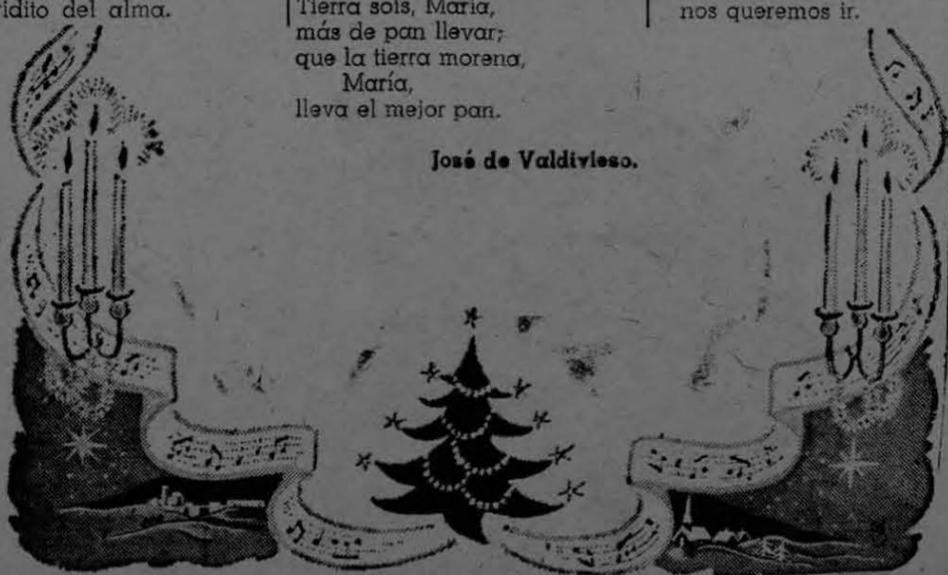
En la mano trigo
 claveles y lirios
 para San José,
 la Virgen y el Niño.

Niño de los cielos,
 frente de marfil:
 tus labios parecen
 la rosa de abril.

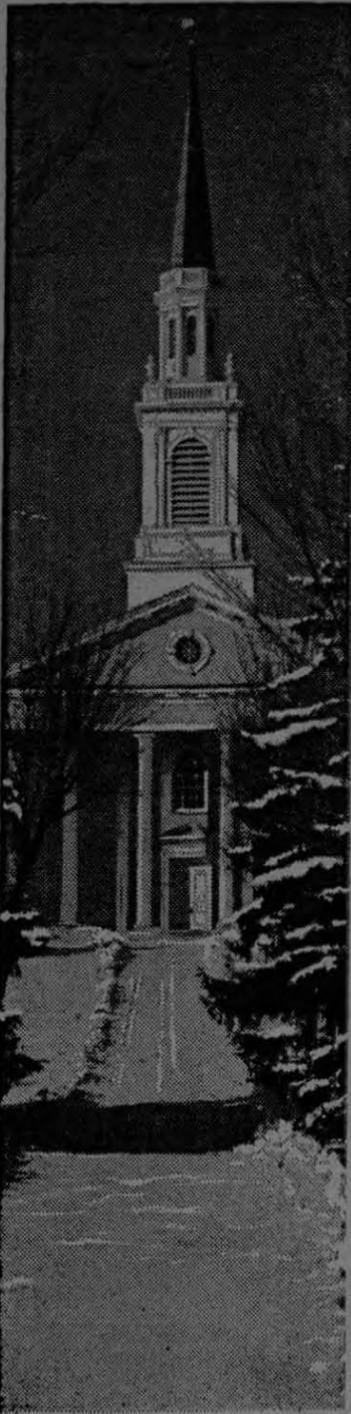
Esta casa es grande,
 de buen corredor,
 diga si está aquí
 el Niño Redentor.

Abramos la puerta
 siempre la han de abrir,
 somos caminantes,
 nos queremos ir.

José de Valdivieso.



NAVIDAD EN GOLFITO



Resuenen por doquiera
tambores y clarines,
repiquen las campanas
y cante el corazón,
en esta alegre espera
que en todos los confines
anuncia la llegada
del dulce Niño Dios.

Diciembre: cual hermoso
bouquet de nieves flores,
sus días, uno a uno
los vemos desfilan
desde este venturoso
puerto de mis amores,
donde es más claro el cielo
y más brillante el mar...

Aquí, bajo la sombra
amiga de las palmas,
el hijo del marino
que nunca regresó,
espera que en la aurora
el Dios de nuestras almas,
le entregue a su viejito
que el mar le arrebató.

Más tarde, en animada
ronda seis niños cantan
como un coro de ángeles,
y en esta vecindad,
porque en la madrugada
el Dios Niño les deja
cuanto ellos, en la cama
esperan encontrar...

Que haya luz en el cielo
como en la tierra paz,
como un coro de ángeles,
y en esta vecindad,
porque en la madrugada
el Dios Niño les deja
cuanto ellos, en la cama
esperan encontrar...

Que haya luz en el cielo
como en la tierra paz,
¡Oh Dios, ese es mi anhelo
en esta Navidad!

María Ester Mairena
(Maestra Escuela Central
de Golfito).

VILLANCICO

En Belén tocan a fuego,
del Portal salen las llamas,
porque dicen que ha nacido
el Redentor de las almas.

Brincan y bailan los peces en el río,
brincan y bailan de ver a Dios nacido.
Brincan y bailan los peces en el agua,
brincan y bailan de ver nacida el alma.

En el portal de Belén
nació un clavel encarnado
que por redimir al mundo
se ha vuelto lirio morado.

Brincan y bailan los peces en el río...

Los pastores en Belén
llevan haces de leña
para calentar al Niño
que nació en la Nochebuena.

Brincan y bailan los peces en el río...

La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero;
los pajarillos cantaban
y el agua se iba riendo.

Brincan y bailan los peces en el río...



LOS NIÑOS EN EL PORTAL

Hoy han llegado al Portal
los niños que en otros años
Al Recién-nacido-Infante
su tonada le cantaron:
en éste dicen que traen
una nueva muy del caso,
que divertirá esta noche,
si la oyen con cuidado:
de un invierno muy cruel
en la noche más callada,
un pastorcillo asustado
se salió de su cabaña.

Guiado por una luz,
caminó por la montaña,
y a Belén llegó aturdido
sin saber lo que le pasa:
vuelve corriendo a los montes
dando gritos de algazara,
despertando a los pastores
que duermen en su majada.

—Zagales de estos montes
venir, venir conmigo,
veréis la maravilla
que jamás habéis visto.
—Vamos, vamos allá,
alegres y festivos,
y en tanto que llegamos
refiere lo que has visto.

—Venir hacia Belén,
y en un portal pajizo
hallaréis tres personas
de rostro peregrino.

—Vamos, vamos allá,
alegres y festivos,
y en tanto que llegamos
refiere lo que has visto.



CANCIONES DEL LLAMAMIENTO A LOS PASTORES

Deja en su sueño al ganado
que nube cándida fue,
pastor que sientes el pie
al son del gozo bailado;
si el cielo está deshojado
sobre el heno bienhechor,
¿cómo no venis, pastor?

Si canta la nieve herida
donde el corazón sesteo
si todo un Dios se recrea
sobre la paja encendida,
si está en Belén detenida
la luz de la estrella errante,
¿cómo no venis, amante?

¿Cómo no venis si llegan
las aguas a la garganta,
las aguas que el mar levanta
y en su cuna se sosiegan?
Si al verle los ojos ciegan
y sólo el cielo es testigo,
¿cómo no venis, amigo?

LA CAMISITA DEL NIÑO

Para que el Niño Dios
estrenara su camisa
una nube de verano
dio un jirón de muselina

La cortó con blanca gracia
la luna con su cuchilla,
sobre la mesa gigante
de terciopelo tendida.

La costura estuvo a cargo
de veinticinco arañitas
que cosieron y cosieron
con hilillos de llovizna.

En lugar de los botones
que pensó poner María,
como gotitas de cielo
fulgen las siete cabritas.

Con sus alas invisibles
también ayudó la brisa,
pues dejó al pasar ligera
un milagro de alforcitas.

Los calados y los flecos
los dispuso una polilla
que sin pensar dejó la obra
de gran pasamanería.

Y el perfume cristalino
que a todo el mundo convida
lo mandó desde la selva
la discreta tricopilia.

Pero la gracia mayor,
lo que a todos más cautiva,
es que el Niño Dios la lleve
cubriendo su personita.

En el portal de Belén
nace un clavel encarnado
que por redimir al mundo
se ha vuelto lirio morado.

En la puerta del cielo,
venden zapatos,
para los angelitos
que van descalzos.

Ante el portal de Belén
hay una piedra redonda
donde Jesús puso el pie
para subir a la gloria.

El Niño de María
no tiene cuna.
Su padre es carpintero
y le hará una.

LA VIRGEN LAVANDO PAÑALES

La Virgen lava pañales
y los tiende en un romero,
los pajarillos cantaban
el agua se iba riendo.

La Virgen lavando pañales
los pobrecitos mantillo
y San José los tendía
al sol, en las maravillas.

Mientras cortaba la tela
y hacia las camisetas,
cuántas lágrimas de amor
corrían por sus mejillas.

